

colección rúbrica



JOSÉ CARLOS PEÑA



EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

esstudio
ediciones

CAPÍTULO UNO

Anocheceía, la tarde del domingo llegaba a su fin y sobre la estrecha carretera descendían lentamente las sombras. En lo alto, entre las copas de los árboles, brillaban las primeras estrellas en un cielo limpio y despejado, como presagio infalible de una helada intensa. Hacía mucho frío.

Dentro del pequeño utilitario azul la temperatura resultaba más agradable, olía a una mezcla de tabaco y ambientador barato, y en la radio sonaba el resumen deportivo. Era un entorno acogedor y casi familiar, como la prolongación ambulante del saloncito de casa.

A Víctor Luján no le gustaban este tipo de viajes, que consideraba desplazamientos inevitables, porque pensaba que viajar era algo muy distinto a ir y venir los fines de semana entre su casa de Valladolid y el puesto de trabajo en Atalaya del Duque.

Aunque quizá fuera más acertado decir el nuevo puesto de trabajo, porque la pequeña sucursal de la Caja de Ahorros en aquel pueblo remoto del norte de la provincia había sido para él, hasta hacía muy poco, un lugar ignoto y desconocido, casi exótico. Una de tantas oficinas insignificantes, repartidas por el territorio en otros tiempos pero sin peso específico en la cuenta de resultados.

¿Quién iba a decirle que algún día, traspasado ya el umbral de la madurez, acabaría desterrado en un lugar como ese?

Sí, desterrado era la palabra exacta.

Todo había empezado un mes antes, pero formaba parte de un movimiento oscuro, una tendencia siniestra, que llevaba manifestándose algunos años aunque, ya era tarde para reconocerlo, no le hubiera prestado la atención que merecía.

Hasta que ese movimiento oscuro, esa tendencia siniestra, lo alcanzó también a él.

Todo quedó claro, meridiana y dolorosamente claro, durante aquella conversación que mantuvo con su jefe, un miércoles por la mañana cualquiera, hacía ya un mes; y alguna de las frases que se pronunciaron entonces seguían retumbando en su cerebro como si acabara de escucharlas.

—La banca, y el mundo en general, ha entrado en un nueva era, y nuestra Caja de Ahorros no puede quedarse atrás. Es verdad que el proceso de adaptación será difícil para algunos... —había dicho Mateo Luque mirándolo directamente a los ojos cuando no llevaban ni cinco minutos de conversación, casi inmediatamente después de anunciarle su traslado provisional a aquella sucursal remota, para liquidar los asuntos pendientes y cerrarla en el plazo más breve posible—. Cobos —añadió—, que llevaba veinte años allí, ha pedido la jubilación anticipada y se ha vuelto a Valladolid.

—Qué casualidad.

—No es casualidad...

Víctor Luján también miraba directamente a Mateo Luque, preguntándose una vez más cómo se las había arreglado para ascender y ser aceptado por los nuevos gestores de la Caja de Ahorros. Esos tipos tan jóvenes, formados en escuelas de negocios extranjeras, que hablaban inglés y se manejaban en el mundo virtual como si hubieran nacido en un laboratorio de Silicon Valley. Porque ambos, Víctor Luján y Mateo Luque, tenían casi la misma edad aunque, eso era evidente, mentalidades y trayectorias profesionales muy distintas.

—¿Por qué yo? —preguntó Víctor, entre confundido y enfadado.

—¿Sinceramente?

—Claro. ¿Por qué no mandas allí a uno de esos chicos o chicas que contratáis un día sí y otro también, para que se curtan...?

—Porque los contratamos para crear la nueva Caja de Ahorros, no para liquidar la vieja. Para eso, con toda sinceridad, tú das mejor el perfil.

Víctor Luján no pudo disimular un gesto de preocupación, que no era más que un leve reflejo de los temores que iban anidando en su interior, casi sin que se diera cuenta, desde que estalló la crisis en dos mil ocho. Desvió la mirada y recorrió con la vista el nuevo despacho de Mateo Luque, austero y minimalista, con un ventanal

enorme y ni un solo papel sobre la mesa. Todo allí parecía nuevo.

—¿Y después? —preguntó con aparente indiferencia.

—Ya veremos.

—¿Y qué les digo a los clientes? —Víctor Luján intentó desviar la conversación a un plano menos personal, para que su jefe no terminara percibiendo el miedo que sentía en ese momento—. ¿Que se desplacen cincuenta o sesenta kilómetros por una carretera secundaria para hacer sus gestiones?

—No. Diles que aprendan a utilizar la banca digital.

—Pero si la mayoría son personas mayores...

—Escúchame Víctor, es política de empresa —sentenció Mateo Luque, a punto ya de dar por finalizada la conversación—, y no vamos a discutirla tú y yo.

No iban a discutirla, claro que no, aunque luego Víctor Luján, durante días y días, y más de una noche, no pudo dejar de dar vueltas en su cabeza a aquella nueva política de empresa, cuya consecuencia más inmediata, para él, podía resumirse con la palabra incertidumbre; algo a lo que no estaba acostumbrado.

Llevaba casi treinta años trabajando en la Caja de Ahorros y estaba a punto de cumplir los cincuenta y tres. Era un hombre soltero, tranquilo y, a su modo de ver, razonablemente feliz.

Vivía solo, dedicaba el tiempo libre a sus aficiones y unos cuantos amigos, no tenía deudas e, incluso mientras

la crisis azotaba a casi todo el país, contemplaba el futuro con cierta tranquilidad, hasta ahora.

Sin embargo, aquella tarde de domingo, mientras el pequeño utilitario avanzaba por una carretera mal asfaltada donde, en cada rampa y en cada curva, la posibilidad de encontrarse con otro vehículo circulando en sentido contrario era un peligro cierto y real, Víctor Luján, por mucho que se esforzara, no conseguía imaginar un futuro tranquilizador más allá de los dos o tres meses que había de pasar en Atalaya del Duque. Un pueblo con menos de mil habitantes, unos pocos bares, una farmacia que acababa de cerrar y un consultorio médico atendido solo martes y viernes. Salvo urgencias.

—Tómalo como unas vacaciones en el campo —le había dicho Mateo Luque.

El invierno se echaría encima muy pronto y aquel pueblo, que parecía incrustado a los pies de una ladera boscosa, en una sierra perdida en los confines de Castilla, podía terminar convertido en una trampa, una encerrona en la que Víctor Luján no estaba dispuesto a dejarse atrapar.

—No —se decía—, iré y volveré todos los fines de semana a Valladolid, a mi vida, aunque haya dos palmos de nieve en la carretera y la niebla sea tan espesa que no me permita ver más allá de unos pocos metros. Pero mis cosas, mis costumbres y mis amigos son lo más importante.

Apenas hacía dos horas que había emprendido el viaje y ya echaba de menos las tardes de charla en el Ítaca,

su bar de toda la vida. Las veladas en casa frente al televisor y hasta su mesa de trabajo en la oficina, donde las jornadas transcurrían envueltas en una plácida monotonía, solo alterada en los últimos tiempos por unos cambios cada vez menos sutiles, como abanderados de ese movimiento oscuro, esa tendencia siniestra que poco a poco se iba adueñando de todo a su alrededor.

Víctor Luján lo percibía en su trabajo pero también en las conversaciones de la gente, en el desasosiego de unos y la esperanza de otros, los más jóvenes, quizá. En la tensión que iba impregnando la vida en las calles, las relaciones laborales, la política...

El mundo estaba cambiando, sí, Mateo Luque llevaba razón, pero Víctor Luján no estaba seguro de que hubiera demasiados motivos para alegrarse de ello y, peor aún, temía quedarse rezagado, como un cachivache obsoleto, útil en otro tiempo pero ya inservible.

Después de la última rampa, el pequeño utilitario azul se internó en las calles del pueblo, oscuras y desiertas a aquella hora de la tarde. Atravesó la plaza vacía y fue a detenerse frente al Ayuntamiento.

Víctor Luján descendió del coche y, arrastrando con parsimonia una maleta negra, caminó lentamente hasta la casa de alquiler que le había proporcionado la Caja de Ahorros. Estaba muy cerca de la oficina, que permanecía cerrada, con el cartel luminoso apagado y las persianas echadas; tal como iba a quedarse, ya para siempre, dentro de muy poco tiempo.

CAPÍTULO DOS

Eran las siete de la mañana de un lunes de otoño cuando Manolo Medina se decidió a saltar de la cama. Aunque llevaba ya más de una hora despierto, dando vueltas, como siempre, a un remolino de pensamientos negativos que ensombrecían y amargaban últimamente cada uno de sus amaneceres. Luego, la acidez y el dolor de estómago harían el resto.

No siempre había sido así, pero aquellos tiempos en que el éxito adornaba cada uno de sus actos parecían abocados a un declive irremediable.

A pesar de eso continuaba siendo un hombre alto y delgado, cuarentón interesante según la opinión generalizada; elegante y dinámico.

Como agente comercial independiente, manejaba una cartera de clientes que era la envidia de la profesión. Figuraban en ella grandes empresas, inversores solventes y otros que no lo eran tanto, pero que mantenían viva la secreta ambición de enriquecerse cuanto antes con el menor esfuerzo posible.

En aquel mundo de especulación, expectativas y competencia feroz, Manolo Medina se desenvolvía como pez en el agua asesorando, influyendo, comprando,

vendiendo y sacando tajada allí donde hubiera el más mínimo resquicio para obtener beneficios.

Siempre había sido igual, aunque esa vida de comidas, cenas y copas nocturnas de negocios; siempre con el teléfono móvil en la mano sin perder de vista la pantalla del ordenador, fumando compulsivamente y, muchas veces, con más alcohol en el cuerpo de lo aconsejable, empezaba a pasarle factura. Además, tampoco el mundo de los negocios era ya lo mismo que antes.

Por suerte, los chicos, sus dos hijos, estaban ya emancipados y la tienda anticuario de Margarita, en la Ribera de Curtidores, en el corazón mismo del *Rastro* de Madrid, funcionaba bien, muy bien.

Eso, y el amor que ella, a pesar de todo, le profesaba, aliviaban en parte la ansiedad y los incipientes ataques de pánico que lo asaltaban cuando repasaba los extractos de sus cuentas bancarias.

Aquella mañana, Manolo Medina se puso en marcha como siempre. Desayunando en el bar de la urbanización al norte de la capital, donde vivía, y conduciendo después el coche de alta gama hasta un parking del centro mientras atendía las primeras llamadas de la jornada. Luego, también como siempre, echó un somero vistazo a la prensa económica en su despacho, en el noveno piso de una torre acristalada.

Pero solo hasta ese momento las cosas fueron como cada día, porque los renglones de la página empezaron a retorcerse, y las letras, las ideas, los conceptos se le volvían

incomprensibles mientras un sudor frío, intensamente frío, empapaba todo su cuerpo.

Vomitó en la papelería y hubiera corrido al cuarto de baño si las piernas hubiesen dejado de temblarle, pero no fue así. Además la cabeza le daba vueltas, y no estaba seguro de si lo que veían sus ojos era real o imaginario.

Le hubiese gustado perder el conocimiento o quedarse dormido, pero tuvo que sobrellevar el ataque, el más fuerte de los últimos meses, como pudo, llorando de miedo y de impotencia.

Una hora más tarde, todavía temblando, se aseó un poco en el cuarto de baño y pidió un taxi.

La casa estaba silenciosa cuando llegó, Margarita ya se había ido y la chica de servicio debía andar ocupada atendiendo al viejo.

— ¿Qué haces en la cama a estas horas? ¿Otra vez de resaca? Esto es el colmo...

Manolo Medina no necesitaba darse la vuelta para visualizar a su suegro en el dintel de la puerta. Ochenta y cinco años, bajo y delgado, con las manos ganchudas y la cara llena de manchas, y seguro que con una mirada de desprecio en aquellos ojos tan vivos que lo perseguían, inmisericordes, desde que empezó a salir con su hija; hacía ya tanto tiempo.

—No tengo resaca —respondió de mala gana—, es que estoy agotado, me encuentro mal y... no puedo más.

— ¿Agotado de qué, Manolito?

—Por favor, don Emilio, no avise a su hija, que no quiero preocuparla.

—Claro...

El anciano dejó la puerta abierta y se alejó por el pasillo, cabeceando.

—Este Manolito es tonto; tonto del culo —repetía una y otra vez.